

Jueves 30 de Enero-2003

La calle
Diario de un espectador
¡Otra, otra, otra!
por miguel ángel granados chapa

Precedido de una gran reputación, el maestro Pinchas Zukerman, solista al violín en las funciones del sábado y el domingo pasados en la sala Nezahuálcóyotl, decepcionó a su público por una minucia. Y es probable que, en reciprocidad, él también haya vuelto con algún desencanto a Ottawa, donde reside habitualmente...salvo las muchas semanas que viaja por todo el mundo.

Pedir un encore se ha vuelto una rutina mecánica en algunas salas de concierto. Complacido y complaciente, el público expresa su reconocimiento a los intérpretes con gran facilidad, y para manifestarlo pide números de regalo. No siempre las solicitudes resultan del entusiasmo que genera una gran actuación. A veces parece derivar de un mecanismo automático y a veces de una falsa cortesía, como si los aplaudientes --según los llamó hace poco, en la sección de cartas de Reforma, un lector enojado por la inoportunidad de los aplausos que surgen cuando no se debe-- sintieran pena por el intérprete si no le piden más.

En las salas de concierto se considera de mal gusto pedir a coro ¡otra!, ¡otra!, ¡otra! como en ambientes más relajados se demanda que continúe la actuación que gusta. Las buenas maneras aconsejan premiar con una, dos y hasta tres tandas de aplausos a los directores o solistas, que entran y salen del escenario para agradecerlos. Luego el aplauso cambia de ritmo, ya no es continuo sino que, a modo de mensaje telegráfico se palmea y se guardan instantáneos silencios. A veces se requiere más de una salva de esos aplausos, y generalmente el intérprete accede a ofrecer un número extra.

Hay directores o solistas generosos que regalan un concierto breve o un movimiento entero de una sinfonía. Los hay que prefieren una sucesión de piezas que den muestra de sus habilidades. Los hay que rehúsan dar un solo encore. Y los hay, como Zukerman el sábado, que aceptan pero no lo hacen de buena gana. En estos últimos casos no necesariamente se trata de una descortesía, sino probablemente de fatiga, sobre todo después de interpretaciones desgastantes, ue exigen una profunda entrega.

Tras tocar en la primera parte del programa una obertura de Beethoven y un concierto de Vivaldi, el violín accedió a un corto encore, con lo que el público salió muy satisfecho a los pasillos, en el intermedio. Al volver, los asistentes se estremecieron con el Kol Nidrei. Se trata de un canto ceremonial muy antiguo, que forma parte de los ritos en muchos días de fiesta judíos, especialmente el día del perdón, el Yom Kippur. No pocos autores lo han tomado como base de composiciones alusivas. Ese fue el caso de Max Bruch, autor también del concierto para violín y orquesta número uno con que terminaba el programa sabatino.

De modo clamoroso el público reconoció el valor de la interpretación de Zukerman y de la Filarmónica universitaria, dirigida esta vez por Gabriel Chmura, un maestro polaco que es ahora el director huésped principal. El solista --que es también director y ejerce otros muchos papeles en el mundo de la música-- se resistió a regalar un número más. Pero las peticiones no amainaron y entonces, en vez de mantenerse firme en su negativa, lo que el público hubiera comprendido, tocó una pieza de Haydn convertida en canción coral, una serena o canción de cuna que, suponemos, se pone como ejercicio a principiantes. Buena parte del público rió con la gracejada del violinista, que además instó a la orquesta a no dejarlo solo, sino a unirse a su improvisación, que de ese modo dejó chasqueados a los demandantes de un número más.

Por haber ocurrido el incidente en el último minuto, en el ánimo de muchos espectadores --lo que pudo saberse por los comentarios flotantes en el vestíbulo, a la salida-- se imprimió esa salida de tono con más fuerza que la belleza de la función entera.

tarde, el gobernador del Distrito Federal, José María Tornel, avisó al cabildo que, en el caso de que él tuviera que abandonar la ciudad, el gobierno pasaría a manos del primer alcalde de la municipalidad, Manuel Reyes Veramendi. Baker (1969: 130, n. 1) explica de este modo la situación: "El gobernador del Distrito Federal, general Tornel, transfirió su responsabilidad al primer alcalde. Una nota del gobernador, llegada a esa reunión, decía que, en caso de que los sucesos de la guerra lo obligaran a abandonar la ciudad, el primer alcalde tendría que hacerse cargo del Distrito." Tornel estuvo en la ciudad por lo menos hasta la hora de la junta de la Ciudadela y debe haber salido en el momento en que se movilizó la columna principal del ejército. Lo indicado, en consecuencia, es considerar que Reyes Veramendi comenzó a ser gobernador del Distrito Federal a la medianoche del 13 de septiembre.

44. *Breve reseña* [1848]: 54.

45. Acta de cabildo, 13 de septiembre, 1847, AHDF, vol. 300.

46. Acta de cabildo, 13 de septiembre, 1847, AHDF, vol. 300; Zamacois, 1880: XII: 837. La información fue conseguida por el regidor Rafael Espinosa, que visitó a Herrera, no se sabe si en el Palacio o en la Ciudadela, la última vez a las siete de la noche; véanse el acta de cabildo, 13 de septiembre, 1847, AHDF, vol. 300; Roa Bárcena, [1883]: 630.

47. Baker, 1969: 130-1. Berge (1970: 235) sostiene que el nombramiento de esta comisión negociadora ocurrió antes de la medianoche. El grupo de funcionarios está formado por los regidores Urbano Fonseca, José María Zaldívar y Juan Palacios, y los acompaña el secretario del cabildo, Leandro Estrada.

48. Kirkham (diario, 14 de septiembre, 1847, en *Mexican War*, 1991: 64) escribió que la comisión pasó por San Cosme a las dos de la mañana, lo que contradice a Wilcox (1892: 481), quien está seguro de que ello ocurrió a la una. Kirkham, sin embargo, puede estar equivocado, pues más tarde (carta a Kate Kirkham, 15 de septiembre, 1847, en *Mexican War*, 1991: 66), cuenta que dos comisionados llegaron a San Cosme "hacia la media noche" y que, gracias a ellos, los hombres de Worth conocieron que el ejército mexicano se retiraba.

49. Berge, 1970: 235; *War Between*, [1851]: 44.

50. Baker (1969: 135-6), el único en hablar de su duración, indica que sólo se prolongó una hora. Sobre el momento preciso en que ocurrió, en cambio, las diferencias impiden llegar a una conclusión más o menos definitiva. La mayoría de los cronistas y los historiadores indican las cuatro de la mañana, y en ello no hacen más que seguir la opinión del propio Scott, consignada en su carta-parte a William Marcy, 18 de septiembre, 1847, en Brooks, [1849]: 436, y *Memoirs*, [1864]: II: 526-7. Por el contrario, los *Apuntes* ([1848]: 326) se-